

MADAME DE STAËL

DEL ESPÍRITU DE PARTIDO

Presentación de OCTAVIO PAZ

Entre los libros curiosos que guardaba mi abuelo, Ireneo Paz, y que yo todavía conservo, está una traducción al español de un célebre escrito de Madame de Staël: Del influjo de las pasiones sobre la felicidad de los individuos y naciones. Es una obrita en dos delgados volúmenes en octavo menor. Una traducción temprana: el libro fue impreso en 1827, en París. Se omite el nombre del traductor. La traducción es fluida, un poco prolifera y descuidada pero estos defectos eran también los de la autora. Madame de Staël escribió este ensayo un poco después de su regreso a París, en 1796, durante el Directorio. Como es sabido, fue un régimen que contó con su simpatía y la de sus amigos, en primer término la de Benjamín Constant. En el afectuoso estudio que Saint-Beuve dedica a Germaine Necker (Portraits de femmes, 1844) señala que Del influjo de las pasiones... es "un ilustre ejemplo característico de una época que tuvo su gloria durante el período del Directorio, más bien dicho, de la Constitución del Año III". Y subraya: "no habría podido escribirse antes, bajo el Terror, ni tampoco después, bajo el Imperio". En efecto, el ensayo de Madame de Staël es una premonición del romanticismo pero, a la inversa del "movimiento reaccionario de 1800 y de Chateaubriand", está marcado por la filosofía de ese fin de siglo. Las reflexiones de Madame de Staël sobre el amor, la amistad y otras pasiones son una prolongación de la sensibilidad de Rousseau y anuncian el romanticismo; sus consideraciones políticas son textos augurales del liberalismo moderno y pueden leerse hoy con provecho. Tienen una inmensa ventaja sobre las especulaciones de Locke, Montesquieu y los otros: Madame de Staël participó, como Benjamín Constant, en las convulsiones y trastornos de la Revolución francesa y del Imperio.

El capítulo que Madame de Staël consagra al "espíritu de partido" posee una extraordinaria actuali-

*dad. Muchas de las frases con que describe a los poseídos por esa pasión ideológica parecen retratos de los frenéticos que, semana a semana, en Excelsior, La Jornada, Uno más uno y Proceso afilan sus dientes y blanden sus cuchillos. Por fortuna son versiones en formato reducido que no derraman sangre sino tinta y bilis. Madame de Staël escribió estas páginas memorables después de la tiranía de Robespierre, ignorando que unos pocos años después sufriría el despotismo de Napoleón. No sabía tampoco que el "espíritu de partido" iba a renacer y que en el siglo XX, convertido en una infección mundial, causaría millones y millones de víctimas. Apenas ahora, casi dos siglos después de escrito Del influjo de las pasiones..., comenzamos a salir de una larga y cruel noche dominada por los sofismas sanguinarios de los dogmatismos políticos. Aunque no sabemos qué nos reserva el porvenir, confiamos en que se afirmen y se amplíen las reformas democráticas en la Unión Soviética, Polonia, Hungría y que se extiendan a otros países de Europa, Asia y África. En América ha caído la dictadura militar de Paraguay y los regímenes autoritarios de Chile y Nicaragua han emprendido reformas democráticas. Cuba es el único país de nuestro continente en donde todavía prevalece el terrorismo de Estado. En México no hemos sido una excepción; desde el siglo pasado hemos sufrido los excesos e iniquidades del "espíritu de partido". Sin embargo, hay que decirlo, sus nefastas consecuencias han sido menores que en otros lugares. No obstante, causó en el pasado muchas muertes y graves injusticias; en el dominio de la memoria histórica, suprimió épocas enteras, nombres ilustres y obras notables. Hoy mismo envenena nuestras relaciones políticas e intelectuales. Por esto nos ha parecido útil reproducir el ensayo de Madame de Staël: nos invita a reflexionar — y a enmendarnos.**

ES MENESTER HABER sido contemporáneo de una revolución religiosa o política, para saber cuál es la fuerza de esta pasión. Es la única cuyo poder no se manifiesta igualmente en todos los tiempos y países. Hace falta que una cierta efervescencia, causada por acontecimientos únicos, estimule a este afecto; su germen existe siempre en muchos hombres pero puede extinguirse con ellos sin que

hayan tenido ocasión nunca de reconocerlo. Algunas disputas, tales como las controversias sobre la música y la literatura, pueden dar una leve idea de la naturale-

* Corregí aquí y allá los galicismos más notorios, modernicé un poco la sintaxis, abrevié levemente el texto e introduje alguna frase explicativa, todo con el fin de hacer más legible y conciso este notable ensayo.

za del espíritu de partido, aunque éste no se manifiesta enteramente, ni es la acción voraz que consume las generaciones y los imperios, sino en aquellos debates mayores que alimentan desmesuradamente a la imaginación con todos los motivos del entusiasmo y del odio.

Debemos distinguir el espíritu de partido del amor propio que nos hace encastillarnos en esta o aquella opinión; el primero se diferencia tanto del segundo que a veces pueden oponerse ambas inclinaciones. Un hombre diversamente célebre, Monsieur de Condorcet, tenía precisamente el genio del espíritu de partido. Sus amigos dicen que habría sido capaz de escribir contra sus opiniones, que las habría desconocido o impugnado abiertamente sin confiar a nadie la razón de su proceder, si ese manejo hubiera podido servirle para hacer triunfar su causa. La soberbia, la envidia, la venganza, el temor, toman la máscara del espíritu de partido pero esta pasión por sí sola es más ardiente que las otras juntas, pues la nutren la fe y el fanatismo. ¿Hay algo en el mundo más violento y ciego que estos dos afectos? Durante los siglos azotados por las contiendas religiosas, hubo hombres oscuros, sin idea ninguna de gloria, sin ninguna esperanza de ser conocidos, que hicieron uso de todos los medios y afrontaron todos los peligros en favor de su fe; en las contiendas políticas han participado también muchos hombres porque en ellas todas las pasiones y todos los intereses se unen y nos impulsan a seguir esta o aquella bandera. Sin embargo, el fanatismo, en estado puro y cualesquiera que sean los tiempos y su objeto, no existe sino en un cierto número de hombres. Esos hombres habrían sido católicos o protestantes en el siglo XVI; hoy día son aristócratas o jacobinos. Son espíritus crédulos, ya se apasionen en pro o en contra de antiguas ideas su violencia sin freno los lleva a colocarse en el extremo de todas las ideas, para desde allí juzgar y obrar con impunidad.

La exaltación de lo que se llama la filosofía puede ser una superstición como lo es el culto de los prejuicios: las ideas son distintas pero los mismos defectos conducen a semejantes excesos; así, más que la diferencia de las situaciones, la coloración de una palabra hace de dos hombres, de la misma clase, dos enemigos o dos cómplices. El hombre ilustrado, que al principio abrazó la causa de las nuevas ideas porque su pensamiento no había podido sujetarse a respetar viejas creencias, cuando adopta una verdad con el espíritu de partido, pierde la facultad de raciocinar, como el partidario del pasado y se vale de medios semejantes. Así como se vio predicar el ateísmo con la intolerancia de la superstición, así también el espíritu de partido prescribe la libertad con el furor de la tiranía.

Se dijo con frecuencia, en el curso de la revolución de Francia, que los aristócratas y los jacobinos tenían el mismo lenguaje; eran absolutos en sus opiniones y abrazaban, según las diversas situaciones, un sistema de conducta igualmente intolerante. Estas actitudes eran consecuencia del espíritu de partido. Las pasiones hacen semejantes entre sí a los hombres, como la calentura pone en el mismo estado a temperamentos diver-

sos; y el espíritu de partido es entre todas las pasiones la más uniforme en sus efectos. Se apodera de nosotros como una dictadura que impone silencio a todas las otras potencias intelectuales, a las de la razón tanto como a las de la sensibilidad. Por esto son menos infelices los hombres que son víctimas de otras pasiones, pues les queda el libre albedrío, mientras que bajo la esclavitud del espíritu de partido nuestra conducta no depende de nuestro albedrío sino de nuestra doctrina. Los hombres dominados por esta pasión son inamovibles y se resisten a modificar sus proceder, incluso si así pudiesen alcanzar más seguramente sus objetivos. Quieren que los medios sean de la naturaleza de la causa; porque pareciendo esta causa la verdad misma, debe triunfar con la fuerza de la evidencia. Voy a ilustrar esta idea con algunos ejemplos.

En la Asamblea Constituyente, los individuos del lado derecho habrían podido hacer pasar algunos de los decretos que les interesaban, si hubieran dejado la palabra a unos hombres más moderados que ellos, y por consiguiente más agradables al partido popular; pero preferían perder su causa, haciéndola sostener por el abate Maury, que ganarla defendida por un orador que no fuera precisamente de su opinión bajo todos los otros aspectos. Un triunfo adquirido por una concesión es un revés para el espíritu de partido.

Cuando los constitucionales luchaban contra los jacobinos, si los aristócratas hubieran abrazado el sistema de los primeros y hubieran dado al rey el consejo de aliarse con ellos, habrían arruinado al enemigo común, sin perder la esperanza de deshacerse de sus aliados algún día. Pero el espíritu de partido prefirió caer, arrastrando a sus enemigos, que triunfar con alguno de ellos.

Con activa participación en las elecciones se podía influir en la voluntad de los hombres de quienes iba a depender la suerte de Francia, pero los aristócratas preferían exponerla al yugo de los malvados, que reconocer algunas de las máximas de la revolución votando en las asambleas primarias. La integridad del dogma importa más todavía que los triunfos de la causa.

Cuanto de más buena fe es el espíritu de partido, tanto menos admite conciliación o transacción de cualquiera especie: sería como no creer realmente en la verdad eficaz de su religión al recurrir a una transacción para fundarla. Por esto, en un partido, se hace uno sospechoso si, aun cuando todos reconocen la fuerza de los enemigos, se aconseja hacer un sacrificio menor para conseguir una victoria mayor. Una y otra vez el partido popular, lo mismo en muchos casos particulares que en el conjunto de sus proceder, dio ejemplos funestos de su rigidez y se negó a cuanto podía tener visos de una concesión. La ambición sabe acomodarse a cada una de las circunstancias para aprovecharse de todas pero el espíritu de partido es como las fuerzas de la naturaleza que caminan siempre en la misma dirección. Apenas poseído por esta pasión, el pensamiento adquiere una inflexible dureza que le quita, por decirlo así, sus atributos intelectuales: creemos tropezar con alguna cosa física cuando hablamos con hom-

bres aferrados a dos o tres ideas. No oyen, no ven, ni comprenden: con dos o tres razones hacen frente a todas las objeciones; y cuando han agotado sus argumentos y no han convencido, no saben ya sino recurrir a la persecución.

El espíritu de partido une a los hombres entre sí por el motor de un odio común, pero no por la estimación y la simpatía del corazón; aniquila los afectos que viven en el alma, para substituirlos con vínculos formados únicamente por la comunidad de opiniones. Le agradecemos menos a un hombre lo que hace por nosotros que lo que hace por nuestra causa. El habernos salvado la vida es un mérito mucho menor en nuestro concepto que el pensar como nosotros; y, por efecto de un código singular, no se establecen relaciones de afición y gratitud más que entre personas del mismo parecer. Los límites de nuestra opinión son también los de nuestros deberes y si en alguna circunstancia recibimos socorros de un hombre que sigue un partido contrario al nuestro, parece que no resiste ya la fraternidad humana con él, y que el servicio que nos hizo es una casualidad que no debe identificarse con el que la originó. No podemos apreciar las prendas relevantes de un hombre que no tiene la misma religión política que nosotros; en cambio las sinrazones, los delitos mismos de los que son nuestros correligionarios, no nos separan de ellos. El signo característico de la verdadera pasión es anonadar cuanto no es ella. Es una idea dominante que absorbe todas las demás.

Ninguna pasión es capaz de arrastrar a todos los delitos como el espíritu de partido; su poder es tanto más grande cuanto que aquel que la experimenta está convencido de su buena fe; y como esta pasión va más allá de las personas, el individuo que se entrega a ella cree sacrificarse por ella haciendo el mal, conserva el amor a la virtud cuando comete los mayores crímenes en su nombre y no experimenta los temores ni los remordimientos inseparables de las pasiones egoístas, esas pasiones que son reprobables a los ojos mismos de aquel que se abandona a ellas. El espíritu de partido no tiene remordimientos. Su primera característica es ver a su objeto de tal modo superior a todo lo que existe, que no puede arrepentirse de ningún sacrificio cuando se trata de semejante fin. La despoblación de la Francia estuvo planeada por la feroz ambición de Robespierre, y ejecutada por la baja de sus agentes; pero únicamente el espíritu de partido admitió esta idea y hubo uno que dijo, sin ser asesino, que había dos millones de hombres de más en Francia.

El espíritu de partido está exento de temores, no solamente por la exaltación que infunde sino por la certeza que otorga: los jacobinos y los aristócratas no dudaron siquiera un instante, desde el principio de la revolución, del triunfo de sus opiniones; en medio de los reveses que persiguieron tan constantemente a los aristócratas, había algo de beato en la credulidad con que divulgaban noticias que la fe más supersticiosa habría dado apenas crédito. Hay, sin embargo, algunas diferencias generales que, sin aplicaciones particulares a la revolución de Francia, distinguen a los que defien-

den los antiguos principios de aquellos que quieren establecer nuevas doctrinas. El espíritu de partido de los primeros es de más buena fe, el de los novadores es más hábil; es más profundo el odio de los primeros, y más activo el de los otros; los primeros se dedican más a los hombres, los novadores más a las cosas; los primeros son implacables, los segundos sanguinarios; miran los primeros a sus adversarios como a unos impíos, los segundos los consideran como obstáculos; los primeros detestan por máxima mientras que los otros destruyen por cálculo; y se puede esperar menos concordia de los partidarios de las antiguas creencias y más terror de la guerra hecha por sus enemigos.

A pesar de estas diferencias, las propiedades generales son siempre semejantes. El espíritu de partido es una especie de frenesí del alma que no depende de la naturaleza de su objeto. Consiste en no ver más que una idea, referido todo a ella, y no percibir sino aquello que puede favorecerla o entorpecerla. Hay una cierta fatiga en la acción de comparar, contrapesar, modificar y exceptuar, pero de todo esto el espíritu de partido nos libera enteramente. Los ejercicios violentos del cuerpo, el ataque impetuoso que no exige ningún comedimiento, comunican una impresión muy viva y rápida; lo mismo sucede en lo moral con aquel arrebatado del pensamiento que, libertado de todos sus vínculos, y queriendo únicamente ir adelante, se arroja sin reflexionar a las actitudes más extremadas. Nada le cuesta al espíritu de partido y nada le impide sacrificar ventajas individuales conocidas por un fin quimérico desconocido que no tiene jamás nada de real, aunque la imaginación lo reviste con cuantas ilusiones caben en el pensamiento. La democracia o la dignidad monárquica son el paraíso de sus creyentes; lo que esas instituciones fueron o lo que pueden llegar a ser, no tiene ninguna relación con los sentimientos que sus partidarios experimentan ante su nombre; este por sí solo despierta todos los afectos ardientes y crédulos de que el hombre es capaz.

Por este análisis, se ve que la raíz del espíritu de partido es totalmente ajena a la idea del crimen; pero si este examen filosófico infunde un momento de indulgencia ¡cuánto los horribles efectos de esta pasión no fortifican el espanto que ella infunde! Ninguna otra pasión puede limitar el pensamiento y depravar la moralidad hasta ese grado. El talento humano no puede liberarse, ni hacer progresos reales, sino llegando a la imparcialidad más absoluta, borrando dentro de sí los vestigios de todos los prejuicios y haciéndose, como Descartes, un método independiente. Pues bien, cuando el pensamiento está poseído por el espíritu de partido, las impresiones no van de los objetos a uno sino de nosotros mismos a los objetos, no las esperamos, sino que les tomamos la delantera: el ojo da la forma en vez de recibir la imagen. Los hombres de ingenio que, en cualquiera otra circunstancia, tratan de distinguir entre sus impresiones, no se sirven entonces más que del corto número de ideas que les son comunes con los hombres más limitados de la misma opinión. Hay una especie de círculo trazado alrededor del objeto

mágico que es el punto de unión que todo el partido recorre y que ninguno puede traspasar. De ahí que no podamos mostrar a nuestros correligionarios ningún aspecto nuevo o distinto de una cuestión; tememos, si multiplicamos los puntos de vista, presentar flancos de ataque al enemigo: preferimos que la pasión nos obligue a confiar más en la identidad de miras que en la virtud de una idea diferente. Y así, adheridas a alguna máxima como si fuese un jefe y a algunas opiniones como si fuesen juramentos, se diría que les proponemos una traición cuando queremos inducirlos a examinar una nueva idea o a combinar nuevas relaciones.

Nada hay más agobiante y desolador, cuando no se participa en el espíritu de partido, que este modo de no considerar más que un solo lado en todos los objetos, y de presentarlos siempre en el mismo sentido. El hombre imparcial, testigo de una revolución, acaba no sabiendo cómo volver a distinguir lo verdadero entre las imaginarias pinturas que cada grupo muestra como verdades evidentes. Los géometras buscan la certeza por medios seguros; pero en aquella esfera de ideas en que las sensaciones, las reflexiones y las palabras mismas, se combinan para formar el cuerpo de lo verosímil, las voces más nobles se deshonran, los raciocinios más adecuados se enlazan falsamente y los afectos más verdaderos se oponen los unos a los otros. Entonces vivimos en un caos mil veces más horrible que el de Milton, pues consiste en degradar las potencias racionales confundiendo lo justo y lo injusto, el crimen y la virtud.

Un siglo, una nación, un hombre, tardan mucho tiempo en rehacerse de los estragos del espíritu de partido. Como las reputaciones han perdido toda relación con el mérito real, el desaliento

paraliza a la emulación; la injusticia desanima a la búsqueda de la verdad; la gloria, rara vez contemporánea, cede ante el poder de la opinión común; y la fama misma vive a la merced del espíritu de partido. Pero los estragos no son menores en los individuos que en las naciones. Esta pasión ahoga en los hombres superiores las facultades con que los ha dotado la naturaleza; aquella carrera hacia la verdad, indefinida como el espacio y el tiempo, en la que el hombre de pensamiento avanza guiado por un fin siempre renaciente, se detiene de pronto: le cierra el paso el espíritu de partido. Unas cabezas creadas para concebir, descubrir y

juzgar, se ven voluntariamente condenadas a la servidumbre de la fe. El espíritu de partido es, entre todas las pasiones, la que más se opone al progreso del pensamiento puesto que este fanatismo no deja ni aun la elección de los medios para asegurar su victoria y no obedece ni siquiera a su propio interés. Pero si esta pasión limita el pensamiento, ¿qué influjo no tendrá sobre el corazón?

Hubo un período de la revolución de Francia (la tiranía de Robespierre) que parece imposible explicar con ideas generales acerca del espíritu de partido y las otras pasiones. Fue un tiempo fuera del curso general de las cosas; para la tranquilidad de las conciencias, se juzgó que era necesario persuadirse que semejantes atrocidades no eran la consecuencia de una combinación de causas conocidas sino del fortuito concurso de todas las monstruosidades morales, es decir, que fue una inaudita casualidad, una contingencia y no el resultado de una historia de siglos. Sin embargo, pensar así es olvidar que son incontables las acciones reprobables y los crímenes que ha causado el espíritu de partido en Fran-

cia. Es un furor sin ningún contrapeso: cuanto se encuentra en su camino debe sacrificarse al fin que se propone. Las otras pasiones son egoístas y por esto se establece en muchas ocasiones una suerte de equilibrio entre los diversos apetitos personales. Un ambicioso puede preferir a veces los beneficios de la estimación a esta o aquella porción de poder; para el espíritu de partido no hay nada más que lo absoluto. Todo lo demás es irreal. Como no conoce la comparación entre lo conocido y lo desconocido, entre lo que tiene un límite y lo que es indefinido, nunca vacila entre su inconmensurable esperanza y algún bien temporal, cualquiera que sea.

He usado la palabra *temporal* porque el espíritu de partido deifica la causa que abraza esperando de su triunfo efectos superiores a la naturaleza de las cosas.

El espíritu de partido es la sola pasión que convierte en virtud la destrucción de todas las virtudes; en gloria, todas las acciones que uno trataría de ocultar si las cometiésemos por interés personal. Ningún estado es más horrible que aquel que reduce al hombre a cometer delitos inspirados por un fin que él tiene por decoroso. Si es hombre es capaz de amistad y si es sensible, se enorgullece en domar sus sentimientos y los sacri-



fica con gusto, como si fuese un héroe. Por lo que toca a la piedad, celestial afecto que hace del dolor un vínculo entre los hombres, la piedad, virtud instintiva que conserva el género humano y preserva a los individuos contra sus propios furores, tocante a la piedad, repito, el espíritu de partido la aniquila al desviar nuestro interés de lo individual hacia lo general y del presente hacia las generaciones venideras. El espíritu de partido borra los rasgos de simpatía para suplirlos con relaciones de opinión y presenta las calamidades actuales como el medio y la prueba de una futura felicidad sin límites. Cree en una prosperidad política futura, superior a cuantos sacrificios pueden exigirse para lograrla.

No habríamos visto a tantas víctimas humanas sacrificadas en los altares de la virtud si se hubiera inculcado a los hombres una sencilla máxima: nadie tiene derecho a hacer lo malo para llegar a lo bueno. Pero desde que se pensó que el presente era sólo un puente hacia el futuro y que se justificaba el sacrificio de la generación actual por los bienes que obtendría la venidera, no hubo ya límites que esta pasión no se creyera con derecho a traspasar. Algunos creyeron ampararse con los ejemplos de Bruto, Manlio y Pisón; así como aquellos grandes hombres habían santificado al crimen, asesinado a los tiranos, ellos asesinaron a los que aborrecían; porque los romanos sacrificaron hasta a sus seres queridos, ellos condenaron a los inocentes; porque en la Antigüedad almas generosas habían atacado a sus adversarios en el poder, ellos dieron muerte atroz a débiles enemigos; y no tomando del patriotismo más que los feroces afectos que engendra en épocas de disturbios, no tuvieron grandeza sino en el mal y no confianza sino en la fuerza del crimen.

Después de haber bosquejado la pintura del espíritu de partido, debo hablar de la felicidad que esta pasión puede proponernos. Hay un momento de satisfacción en todas las pasiones tumultuosas: es el delirio que agita la existencia y comunica a lo moral ese gozo que los niños experimentan en los juegos que los embriagan con movimientos corporales. El espíritu de partido puede suplir muy bien el uso de las bebidas fuertes. Si una minoría de hombres superiores escapa de la pesadumbre de la vida con la elevación del pensamiento, la multitud se libera de ella con toda suerte de embriagueces. Pero cuando ha cesado la excitación, el hombre que se despierta del espíritu de partido es más desgraciado que las víctimas del alcohol cuando recobran la lucidez. La razón es clara: el espíritu de partido no puede lograr nunca lo que desea, los extremos existen en la cabeza de los hombres, no en la naturaleza de las cosas.

El espíritu de partido jamás existe solo; siempre engendra otro opuesto. Es necesario un espíritu de partido para luchar eficazmente contra otro espíritu de partido; y todo lo que la razón halla absurdo, es cabalmente todo aquello que es eficaz contra un enemigo que también tomará medias absurdas. Lo que está más allá de toda ponderación, se convierte en terreno de batalla de los adversarios y es lo que le da a cada uno de ellos armas iguales. Para el espíritu de partido no hay sino guerra; todas sus máximas fueron concebidas pa-

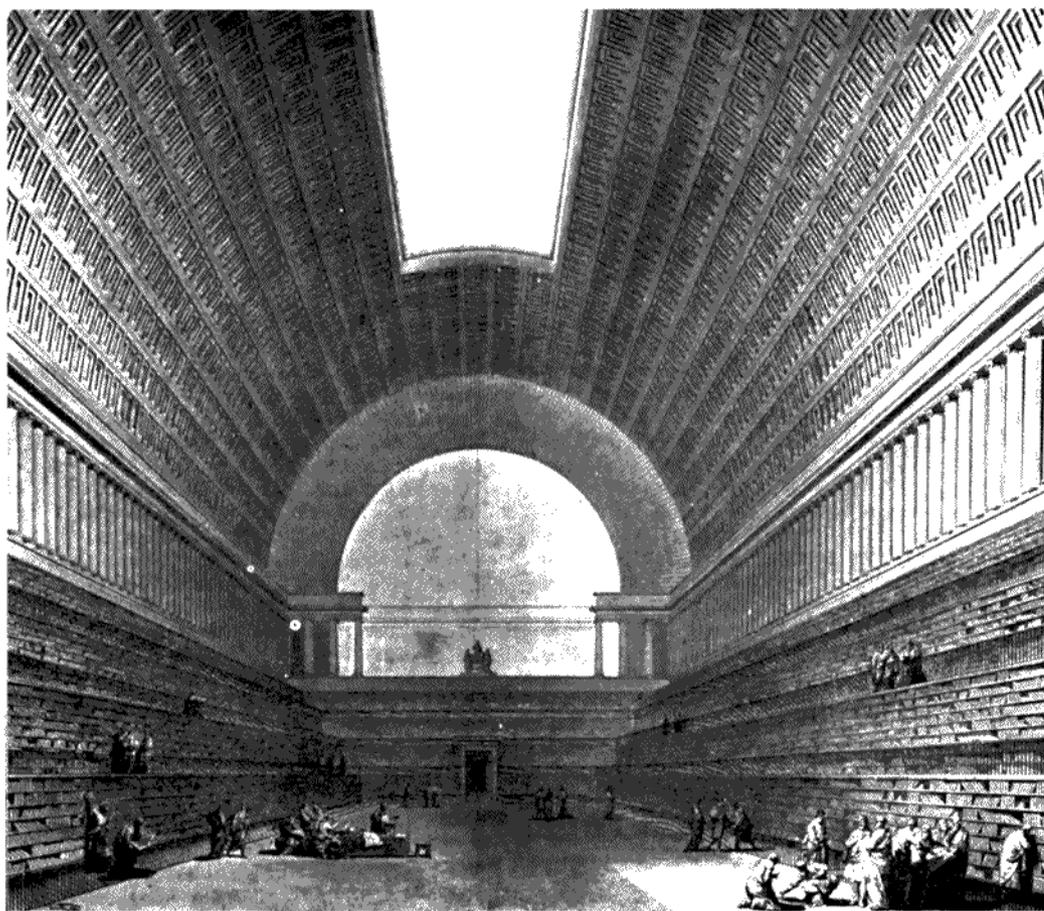
ra atacar y las leyes mismas le sirven de armas ofensivas. Hay incompatibilidad entre esta pasión y la paz. Y esto es su condena: la completa victoria de un partido destruye necesariamente toda la influencia de su fanatismo. La aversión de los combatientes fanáticos contra las opiniones moderadas se debe al instinto que sabe, secretamente, que al fin la verdad prevalecerá y que la razón recobra su poder en los tiempos sosegados. Las dos facciones puestas consideran a los moderados como a sus mayores enemigos pues ven en ellos a los que han de recoger los beneficios de la lucha sin haberse mezclado en la refriega. Los triunfos durables vienen después de las peleas insensatas. Los jacobinos y los aristócratas temían menos a los triunfos de su adversario porque los tenían por pasajeros. Pero cuando la fluctuación de las ideas vuelve a traer los negocios al punto justo y posible, se acaba el predominio del espíritu de partido; el mundo se asienta otra vez sobre sus bases y la opinión pública honra a la razón y a la virtud. Esta época de sosiego es inevitable y puede calcularse como se calculan las leyes naturales; no hay guerra eterna como tampoco hay paz bajo el imperio de las pasiones; no hay reposo sin concierto ni calma sin tolerancia. De esto se deduce que ningún partido, cuando ha destruido a sus enemigos, puede satisfacer a sus entusiastas.

El partido vencido se venga siempre en los jefes vencedores. Las doctrinas pueden resistir a las impugnaciones de sus antagonistas; los individuos son blanco fácil de los ataques de sus adversarios. Ningún extremista es persona apropiada para gobernar los negocios de su partido cuando desaparece el estado de guerra. El odio que los vencidos profesaban a la causa vencedora toma la forma de menosprecio hacia sus jefes más ostensibles y reprobables. Los excesos que cometieron por el triunfo de su partido, dañaron su reputación personal y aquellos mismos que los aplaudían, cuando creían que los preservaban de la derrota, los juzgan ahora con dureza, cuando pasó ya el riesgo. La virtud está de tal modo arraigada en el alma de todos los hombres que, cuando ya no existe el vínculo de espíritu de partido, los cómplices de ayer se vuelven tan severos como los jueces. Los vencidos y los vencedores se reconcilian, unos renuncian a su pérdida causa y los otros a sus jefes culpables. Así pues, los triunfos de un partido no favorecen jamás a los que en él se mostraron más violentos e injustos.

Nunca el espíritu de partido puede satisfacer a los hombres porque nunca puede alcanzar resultados durables. Si en algún momento esta pasión creyese haber conseguido sus fines, aun así no resultaría menos frustrada porque sus fines son ilusorios y sus ilusiones irreales. Hay algo de real en las satisfacciones que el poder, la gloria y los sentidos proporcionan pero cuando triunfa el espíritu de partido, su mismo triunfo lo destruye. ¡Ay, como se despierta en ese instante! La pena que causa este despertar sería llevadera si proviniese únicamente de la pérdida de una gran esperanza, pero ¿cómo reparar los sacrificios y la sangre que costó? ¿Y cuál puede ser el estado de un hombre honrado, cuando se re-

conoce culpable de acciones que condena al recuperar la razón? Cuesta decirlo, por miedo a aliviar el horror que el crimen debe infundir, pero hubo en la revolución de Francia algunos hombres cuya conducta pública fue detestable y que, no obstante, en las relaciones privadas se mostraron llenos de virtudes. Al examinar los efectos del fanatismo, se comprueba que acciones vituperables pueden convivir con la virtud. ¡Qué tormento la situación que obliga a un hombre estimable, al juzgarse y verse, a reconocer que ha cometido delitos abominables! De esta situación sacaron los antiguos los más terribles efectos de sus tragedias y atribuyeron a la fatalidad las acciones culpables de un alma virtuosa. La invención poética de la fatalidad, que hace de Orestes el personaje más doloroso del teatro, lo repite el espíritu de partido. La mano férrea del destino no es más poderosa que ésta sujeción al imperio de una idea única, este delirio que un pensamiento abso-

luto hace nacer en la cabeza del que se abandona a él. La fatalidad de estos tiempos es el espíritu de partido y pocos hombres han sido suficientemente fuertes para escapar de su atracción. Los poseídos por el espíritu de partido un día despiertan y se ven abrumados de desprecio, justamente cuando necesitarían simpatía, acusados por la sangre derramada y el llanto causado en el momento en que merecerían piedad, solitarios en el mundo cuando pensaban unirse con todo el linaje humano. Es terrible castigo experimentar estos dolores y darse cuenta de que los motivos que los arrastraron al crimen han perdido toda realidad, aun a sus ojos. Así, no conservan de la adversa identidad, que no les permite separarse de su vida pasada, sino los remordimientos y esos remordimientos son el único vínculo que une a las dos mitades opuestas de su ser: la que ellos mostraron bajo el yugo del espíritu de partido y la que era suya por sus dones naturales.



Étienne - Louis Boullée: Biblioteca nacional